

La estética de la destrucción

Mónica Lavín*

Hanta, el personaje de *Una soledad demasiado ruidosa* de Bohumil Hrabal, miraba con asombro la manera en que la máquina engullía los libros. Ese era su trabajo: la destrucción de los libros (práctica que se lleva a cabo con frecuencia, pues resulta más barato hacerlos tiritas que pagar el espacio que ocupan en la bodega). Le maravillaba aquel capricho de las cuchillas acribillando el papel: trozos de los girasoles de Van Gogh, una ciudad, el vestido de una mujer. Letras e imágenes que había llevado un largo tiempo colocar una al lado de la otra, los colores precisos, los rigores de la miseria, empeños necios para que un cuadro existiera, una catedral, un libro. Y ahora aquello se hacía puré, picadillo. Todo se desplomaba en el absurdo y eso maravillaba a Hanta que acompañaba su jornada de trabajo en aquel sótano de Praga con una jarra de cerveza y lo hacía afirmar que "...la devastación y la catástrofe son un espectáculo de una belleza exquisita".

La velocidad de la destrucción y su imagen como una instalación efímera nos azoran. Alguna vez contemplé una enorme bola de acero, que pendía de una grúa, azotarse contra el muro que derribaba, una y otra vez en un balanceo pendular fascinante. Era un trozo de construcción en el centro de San Francisco que era demolido por manos mecánicas y en aquello había un encanto. Un muro de ladrillos, cada uno fabricado, transportado y adosado uno al otro con cemento, encalado y pintado de un amarillo tierno, se volvía una montaña de escombros. En minutos. Me senté a contemplar cómo se develaba el pedazo de edificio y cielo detrás de aquella demolición. Como si fuera un juego, un revelar lentamente lo que había permanecido oculto por aquel muro útil alguna vez. Pensé

que debió haber tenido una historia, por breve e insignificante. Alguien que se cargó fatigado en un día de trabajo cualquiera. Alguien que susurró al muro un improperio que iba contra el jefe, la esposa o la falta de éxito.

El hongo de gases que produjo la bomba atómica lanzada en Hiroshima, imagen mil veces repetida, es perturbadora por lo que significa pero también por la magnitud de la forma. Por la imagen efímera que la fisión atómica puede lograr. Toda ella parece ser un envoltorio de silencio, de vidas silenciadas. El horror es una imagen, el poder también.

Los aviones incrustándose en las Torres Gemelas, primero uno, luego el otro, como si aquellos edificios de 200 pisos fueran una maqueta escolar, son terribles y atrapadoras. Difícilmente podemos creer lo que miramos. La mole aerodinámica del jet penetrando el acero, el vidrio y la tabla roca y luego el humo y las llamas. La gente lloviendo como en un cuadro de Magritte. Mil veces perpetradas en las pantallas, las tomas parecen un prodigio de efectos especiales a los que tan acostumbrados estamos. La pantalla pone su distancia. La imagen nos absorbe, nos atrae y podemos seguirla mirando en un efecto hipnótico de incredulidad y fascinación. En el instante del deliberado choque la foto se detiene, la experiencia es sensorial, plástica. Nuestra conciencia no ha empezado a trabajar, el asombro la tiene atorada. La tragedia se devela lenta y dolorosamente.

Luego las torres en una amenazante demostración de fragilidad implosionan, se desmoronan hacia dentro y hacia abajo, como una gran bala punzando el suelo de la isla de Manhattan. El humo y el polvo no tienen estética alguna. Las ruinas tampoco. Porque en la llamada zona cero de Manhattan hay un olor enrarecido en el

horizonte borroso. Huele a quemado y a combustiones indefinidas. Hay un olor amarillo y gris en el aire que a trozos revela el fragmento de esqueleto que quedó del atentado y el infortunio. Las ruinas no tienen ninguna estética hasta que transcurre el tiempo y las ennoblece, como pasa en los pueblos y ciudades abandonadas, pero no hay lustre posible en los despojos de la ira de los hombres.

En qué breve lapso se colapsa lo que tomó meses, años, voluntades, hazañas. Allí está nuestro asombro mayor, unos instantes son suficientes para acabar con siglos de lento construir. Y todo es cuestión de la voluntad de los hombres.

* Escritora. Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen en 1996

